



Carlos Alejandro / Olga de León

El Milagro en el relato y en la vida



Macedonio Alcalá

Autor del himno de Oaxaca, "Dios nunca muere", Macedonio Alcalá, cuya pasión musical lo llevó a crear composiciones magistrales, es recordado a 145 años de su fallecimiento.

Dotado de cualidades artísticas-musicales, el compositor llegó a tocar hábilmente el piano, la viola, el violonchelo, la flauta, el fígle y el violín, instrumento con el que deleitó a la generación de su tiempo.

Hijo de Antonio Alcalá y María Guadalupe Prieto, Macedonio nació el 12 de septiembre de 1831 en Putla, Villa de Guerrero, Oaxaca, y vivió su infancia en medio de las labores del campo.

Durante la adolescencia encontró su pasión en la música y debido a su gran empeño y dedicación el gobierno del estado de Oaxaca le concedió una beca para estudiar música en la Ciudad de México.

Cuando Alcalá volvió a Oaxaca se integró a la Sociedad Filarmónica de Santa Cecilia, institución que daba a conocer las obras de los compositores regionales en las festividades religiosas.

Tiempo después fue nombrado director de la Banda de Música de Oaxaca y en 1850 ya tenía su propio conjunto musical, con el que se presentaba en bailes, serenatas y fiestas particulares.

Fue profesor de música en la Hacienda de la Concepción y aunque profesionalmente se desarrollaba bien, la música no le permitió darle una vida estable a su familia, situación que lo llevó a caer en depresión y alcoholismo.

Fruto de esa época es el vals "Dios nunca muere" (1868), que da cuenta de la ayuda que recibió de Dios en esos momentos tan adversos.

Macedonio Alcalá, quien legó a México composiciones como "El cohete", "Marcha fúnebre" y "Sólo Dios en los cielos", falleció el 24 de agosto de 1869, víctima de tuberculosis.

ad pēdem
literae

"La lectura es el viaje de los que no pueden tomar el tren."

Francis de Croisset

letras de
buen humor

"La risa no es un mal comienzo para una amistad y es la mejor manera de terminarla."

Oscar Wilde

El milagro que no merecemos
- La Doctora siempre estaba como si fueran a robarle –me dijo Malpico en el último salón de clases que me mostraba, el de guitarra eléctrica en su recién abierta Escuela Europea de Música.

Ocupaba una casa vieja y grande de la elegante colonia Taniyazcli. Calculé que veinte mil pesos mensuales podría ser el costo de la renta. Yo había llegado caminando veinte minutos sobre Desamores desde la colonia Nuevo Amanecer. Mi encuentro con Malpico había sido un tanto fortuito. Buscando una cubierta con la cual proteger del polvo mi teclado Midi, acudí a Telas Jonás, pero ese domingo el lugar se encontraba cerrado. Continué el trayecto y descubrí la triste noticia en las paredes recién pintadas del edificio: El Universitario de Música ya no existía. El corazón, debo confesarlo, se me estremeció pensando en la Doctora. Yo sabía que la academia de música también le servía de hogar: ocupaba como recámara el cuarto de azotea. No ubiqué en ninguna parte el Tsuru celeste de hacía veinte años, el que le había heredado a su hermano junto con la escuela: cinco pianos, timbales, contrabajos, violas y violines, instrumentos de aliento, varios órganos, y el resto del mobiliario para quince pequeños salones de clase.

Primero pensé en llamar a Malpico, pero desistí, recordé que al maestro de conjuntos corales en ocasiones le ganaba su vibra soberbia. Le marqué a Luis, el profesor de flauta barroca, pero no contestó, la operadora digital mencionó que el número ya no existía. No encontré otra opción, de modo que volví a la primera.

Malpico, desconfiado, me dijo:

- ¡Qué raro que no supieras, si tú siempre andas por esos rumbos!

- Precisamente, en octubre, me cambié a la Nuevo Amanecer –le respondí amablemente.

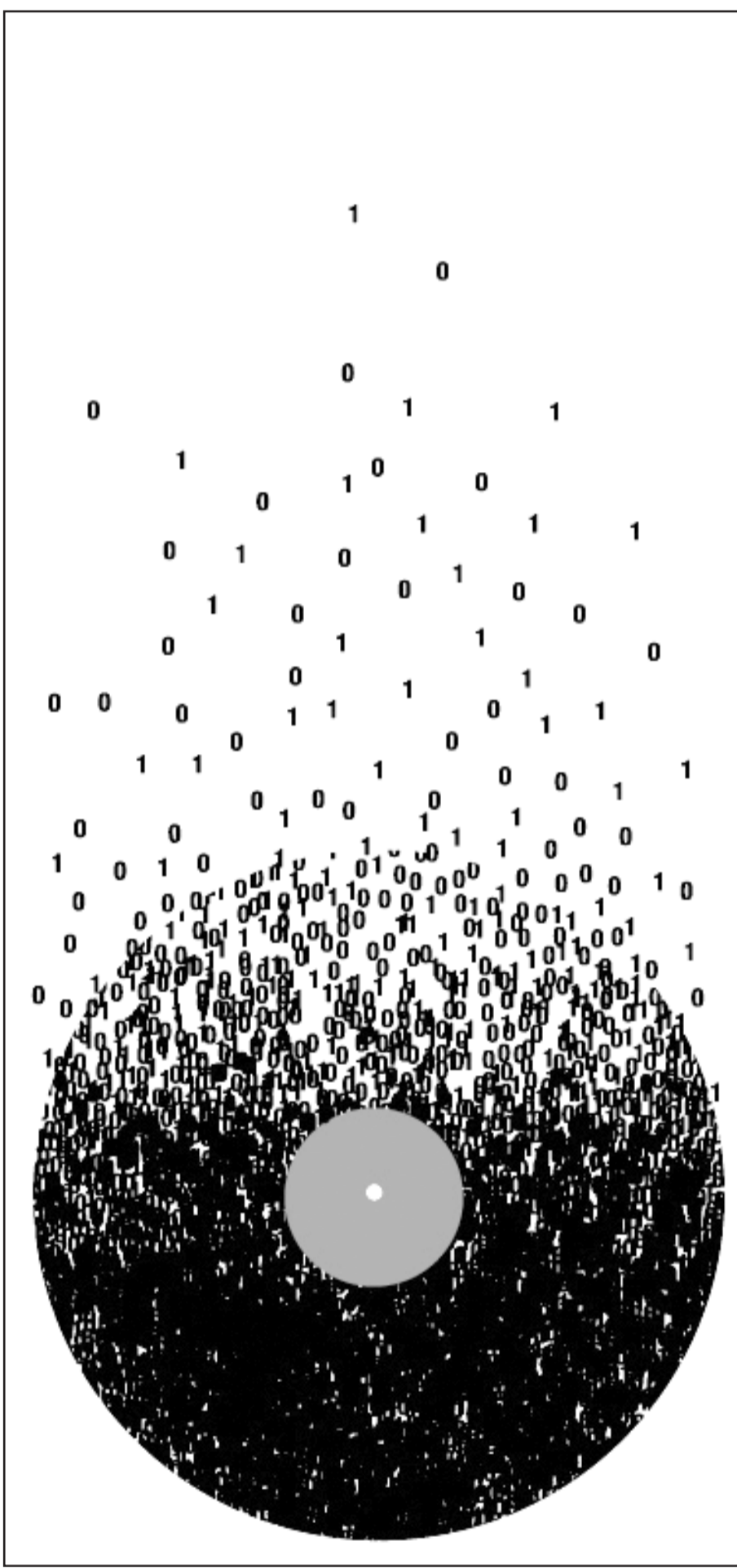
- Coincidió por esas fechas en que la Doctora cerró, cuando la maestra de canto y yo abrimos otra escuela, en la Roma, a ver cuándo vienes a visitarnos.

Y ahí estaba yo, en la escuela de Malpico, quien anteriormente había sido Director Académico en la de la Doctora. Me recibí junto al escritorio de la entrada, cerró con llave la puerta de la escuela (como si lo pudieran robar), y comenzamos el recorrido.

Mi cariño por el Universitario de Música provenía de mis tiempos de estudiante, de las amistades que había formado y que ya para entonces eran solo recuerdos. Siempre estuve enterado de que la Doctora comenzó a tener problemas desde el momento en que se hizo cargo. Ella no era músico, ni sabía nada sobre negocios, así es que el bien formado sistema que su hermano había logrado se le vino abajo en menos de diez años.

"Aquellos sábados no se podía ni caminar ahí adentro, de tanta gente", me había dicho Luis un día. Es que en aquel entonces, el fundador contaba con buenas conexiones en Tele Tele y de ellos recibía alumnos, actores que requerían mejorar su entonación o la práctica de algún instrumento. Pero un día, don Panchito, quien la había fundado e iniciado, falleció, de suerte que lo que yo conocí como escuela, para entonces ya solo eran principios de escombros, en lo que se convertiría el lugar.

Se realizaron varios intentos por rescatar el volumen de inscripciones, pero a la Doctora le faltaba tacto.



Primero despidió, de manera grosera, a su Director Académico, un pianista egresado de la Nacional de Música quien en realidad no era responsable del declive en el número de escolares.

Malpico supo que era su oportunidad. Presentó un plan para recuperar los antiguos números contables. Así que ya instalado como Director Académico, consiguió que un alumno de reciente ingreso, un hombre con apenas un mes de clases, pero con amplios conocimientos de mercadotecnia, administración y leyes, les echara la mano. El objetivo era reposicionarse dentro de la oferta académica del centro de la ciudad, compitiendo con la Autónoma, con el Vericampa, con Fermín Navarras, e incluso con escuelas internacionales como el SASA. Todo eso estaba en la presentación Power Point.

La situación del Universitario de Música no mejoró. A los pocos meses, los ingresos apenas si alcanzaban para cubrir la renta y a los profesores se les dejó de pagar. Nadie tenía contrato: los

mejores optaron por irse, el resto permaneció un año.

Cuando vi el primer piano que me mostró Malpico, exclamé emocionado por la nostalgia: "¡es el que estaba allí!". Continuamos el trayecto y pasamos por la oficina del administrador: se me ocurrió que había visto antes a ese hombre de la cachucha. Y cuando Malpico me mostró el segundo piano, lo comprendí: se lo habían quitado todo a la Doctora: no solo los instrumentos y el mobiliario, también el orgullo y la estupidez.

La dejaron en la calle.

- No sé si su actitud era la de alguien que sospechaba que la iban a robar –le respondí a Malpico- pero definitivamente no sabía cómo tratar a la gente: ni a los maestros, ni a los alumnos.

"Otro milagro...
innerecido, también"

Viajaba en tren, colocada en el pulman de caoba con acojinado verdadera-

mente mullido y confortable, no era la primera vez, pero sí como adulto que hacía un viaje a la capital. Decidimos recorrer los vagones, llegamos hasta el de mandos, un empleado nos salió al paso y nos dijo: "–quieren asomarse un poco y sentir el aire del bosque durante la noche". Asentimos sonrientes. "–Siganme..." Llegamos casi hasta los controles, nos abrió la parte superior del último descenso y tras asegurarse de que estuviera bien cerrada la puerta, nos dijo: "–este es el lugar favorito de los enamorados del amor y de la naturaleza".

De esos días y años hace muchos, demasiados, como para sentir nostalgia por el recuerdo que se fue quebrando con el tiempo: ¡cuánto cambiamos!, y cuánto ha cambiado el mundo, la vida, la gente toda y cualquiera. No somos los mismos, dejamos de ser aquellos entusiastas de naderías e ilusos soñadores con un futuro lleno de felicidad. Hace poco, encontré entre los transeúntes de cabellos que empiezan a ser grises, a una dama que me contaba: ¡cómo se le fueron los años! "–Parece que fue antier, cuando pensé que la felicidad ya debía estar por alcanzarme, y, entonces para siempre de saber lo que se siente: "ser feliz".

Pero ayer, sí ayer, sin connotación añadida, comprendí lo que es la felicidad.

-¿Qué fue lo que te sucedió?, ¿cómo se siente ser feliz?

-Muy bonito, y es tan sencillo. Se requiere de tan poco.

"Una persona cercana a mí, me abre su corazón y me dice que se siente muy mal, que le sucedieron acontecimientos nefastos de algún modo o al menos en ese instante, desesperantes. Saqué un pañuelo de mi bolso y enseguida un billete de no más de X cantidad de pesos, suficientes para que el motor de su camioncito volviera a arrancar, secó el sudor de su frente y se negó a aceptar el billete. Insistí. Me dio un gran abrazo, se sacó una sonrisa y me prometió devolverlos lo más pronto que pudiera".

Sus ojos brillaban al contar el detalle, se había sentido útil, le había arreglado un problema a alguien, y había confirmado –sin que la hubiese perdido nunca- su confianza en el género humano. Al día siguiente, él le devolvió el billete y la invitó a comer.

Y, hoy recordando el relato, pensaba mientras escogía algunas tunas: "–y yo he estado esperando a ser feliz para vivir." Esto es la vida y la felicidad está en los instantes del día, soy yo la que me he escabullido...

-¡Hola!, profesora Olga". Detengo el carrito del mandado y vuelvo el rostro hacia la voz. La saludo, sorprendida por su buena memoria, pero más aún lo estoy, por lo que dice la jovencita a su lado: "–...precisamente, veníamos hablando de usted". A ella no la conocí antes, hoy supe que es su hija, que le gusta escribir, que leyó mis últimos cuentos y que quiere participar en el concurso que lanza el BdeM para estudiantes de bachilleres. Por eso le decía a la madre: "–quiero buscar a esa persona, quiero pedirle orientación sobre el ensayo que voy a escribir; ¡porque voy a concursar!". Cómo no apoyarla, nos despedimos y la invité a buscarme el sábado.

En interiores...

Racismo

Oscar G. Baqueiro

Página 2

Socorro Venegas

Elmer Mendoza

Página 3

La Voz del Papa

Página 4